BERNARD MARIS

CARTA ABIERTA

A LOS GURÚS DE LA ECONOMÍA QUE NOS TOMAN POR IMBÉCILES

JE SUIS CHARLIE

Ariel

BERNARD
MARIS

CARTA ABIERTA

A LOS GURÚS DE LA ECONOMÍA QUE NOS TOMAN POR IMBÉCILES

Prólogo de
Ricardo García Zaldívar

Prefacio de
Vicente Campos

JE SUIS CHARLIE

Ariel

1. ª edición: abril de 2015

© Éditions Albin Michel, 1999

Edición al cuidado de Oriol Alcorta

© del prólogo a la edición española: Ricardo García Zaldívar
© del prefacio: Vicente Campos

Derechos exclusivos de edición en español:
© Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-1921-6
Depósito legal: B. 6254 - 2015

Impreso en España por Reinbook

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Índice

Prólogo a la edición española, de Ricardo García Zaldívar 7
Prefacio, de Vicente Campos 15

CARTA A LOS A LOS GURÚS DE LA ECONOMÍA QUE NOS TOMAN POR IMBÉCILES

Prólogo 25

1. Dos genios y un mecánico 33

2. ¿Escupiremos sobre la tumba? 41

3. *De profundis* 49

4. ¡A gozar sin freno! 53

5. Tragedia 61

6. Cuando los papas abjuran... 67

7. La danza macabra 71

8. Gracias, Merton y Scholes 81

9. El Fondo Monetario Internacional y su gran payaso en jefe 89

10. Los altibajos emocionales del director del FMI 97

11. El vampiro ante el espejo 105

12. Los cocineros 113

13. Expertos 119

14. Pensadores 129

15. Economistas y periodistas 135

16. Economistas y políticos 145

17. ¿Qué hace Dios aquí metido? 151

18. ¿Qué le han hecho a la casa? 157

Epílogo. ¿Para qué sirven los economistas?. 163

Notas. 167

1

Dos genios y un mecánico

En economía hay dos genios: Marx y Keynes. Los dos se esforzaron por explicar el capitalismo y sus «leyes», uno a partir de la competencia y de la explotación de los débiles, y el otro a partir de la psicología y la actitud ante el dinero y la incerteza (el segundo, por lo demás, ignorando al primero). Pero en la ciencia económica, en el 99 % de lo que se enseña y en el 99 % de lo que fundamenta la investigación, no hay Marx ni Keynes: hay Walras. «Al comienzo fue Walras», dice uno de los referentes de la ciencia económica en Francia, A. d'Autume. Tiene razón.

Walras fue el primero que conceptualizó y describió analíticamente un mercado y formuló la cuestión de la armonía social cuando se produce el intercambio entre individuos. Fue el primero que planteó matemáticamente la cuestión de la «mano invisible» de cuya existencia Adam Smith y Montesquieu[1] tuvieron intuición. A saber: que del egoísmo de cada uno nace el bienestar de todos, y desde allí la armonía y paz sociales. Que el mercado es «eficaz». Que el mercado da el máximo de felicidad y de riqueza, el mejor de los mundos entre los mundos posibles, lo que los economistas denominan el «óptimo». La mejor situación imaginable.

Walras formuló, en cierto modo, el «teorema de la

mano invisible» que hoy tantos recuerdan con insistencia citando a Smith.

Walras no supo resolver este problema.

Vamos... No nos enfademos. Digamos pues que hay un tercer genio, un genio mecánico: Walras, que creía en la «mecánica social», en la posibilidad de aplicar la física a la vida social.[2] Pensaba que si los mercados (todos los mercados, de tomates, melones, petróleo, trabajo, molinillos de café, coches, y tantos otros), actuaban simultáneamente, conducían a un «equilibrio». Una armonía general. Una paz social que contentaría a todos. Fue candidato al premio Nobel de la Paz gracias a su teoría.

Jamás pudo demostrar que los mercados condujeran a un equilibrio, ni que repartieran mejor las riquezas. Ni que la economía de mercado fuera la más «eficaz». Fueron Debreu y otros quienes lo demostraron casi cien años más tarde. Es la historia de Neptuno al revés: Debreu descubrió que el mercado, no satisfecho de existir, tenía un sentido teórico. Reconozcamos que validaba lógicamente el problema enunciado por Walras: este problema tenía, en efecto, una solución.

Debreu axiomatizó la economía para alcanzar su objetivo. Ello bien valía un premio Nobel.

El 10 de marzo de 1984, *Le Figaro* arrancó a Debreu, por boca de Guy Sorman, una de las frases más tontas o inmorales (suprima la que no corresponda) que haya dicho un economista: «He demostrado matemáticamente la superioridad del liberalismo». Si se trata de decir que el sistema planteado por Walras no es siempre, absolutamente siempre, irresoluble, es cierto. Si se trata de decir que el equilibrio simultáneo de todos los mercados, el sistema formulado por Walras, puede ser excepcionalmente el mejor, con una probabilidad tan baja como la de ganar la lotería, también es verdad.

En realidad, Debreu no ha demostrado la superioridad matemática del liberalismo, sino todo lo contrario.

Y esto lo saben los economistas. Hace veinte años que lo saben. Tendrían que confesarlo. De todos modos, lo haré yo.

Paciencia, amigo lector. Vale la pena. Vale la pena comprender por qué la frase «el mercado es eficaz» es una tontería.

¿Por qué tanta tardanza (casi cien años) para resolver el problema que formuló Walras? Porque es un problema de interdependencia, increíblemente complicado. Walras adoptó la Bolsa como imagen del mercado, y se planteó la cuestión del equilibrio simultáneo en una multiplicidad de mercados funcionando al mismo tiempo. El mercado del pan, del vino, del agua, del trigo, de los fertilizantes, de los tractores, de los coches, de los garajes, de la vivienda, etc.: progresivamente, se puede describir toda la sociedad, y progresivamente todos esos bienes son sustituibles, pues mientras más compro pan, menos compro mermelada o servicios de abogados, o coches. Es extremadamente difícil resolver este problema del equilibrio simultáneo de los mercados. Walras no disponía de las herramientas matemáticas adecuadas. En realidad, sin saberlo, había planteado uno de los teoremas más célebres y más estéticos[3] de la historia de las matemáticas: el teorema de Broüwer, el que precisamente utilizaba Debreu para su demostración.

«La ley de la oferta y la demanda que actúa sobre todos los mercados» es, en cierto modo, el teorema de Broüwer; el teorema que demuestra la existencia de un equilibrio simultáneo en todos los mercados.

El teorema de Broüwer existe y en consecuencia existe un equilibrio general simultáneo en todos los mercados. Podemos aplaudir. No demasiado. Porque...

Porque ocho años más tarde, Debreu mató a su propia criatura. Tras su artículo de 1974,[4] toca reírse en la cara de los desdichados que afirman que el sistema Walras-Debreu es una «teoría» de la competencia y por consiguiente una especie de «ciencia» del liberalismo.

Veamos cómo Walras planteó su problema de la «ley de la oferta y la demanda» por doquier, en todos los mercados, cómo Debreu lo resolvió, y cómo después acabó con todo.

1. Walras tenía la Bolsa como imagen del mercado, el «mercado por excelencia». Un lugar, oferentes, demandantes, subastas y precios, pero sobre todo, algo exterior al mercado, un «voceador de precios»: el Estado, la organización, el centro, la «ley», el ordenador de compensaciones, la Comisión de Operaciones Bursátiles, qué sé yo: algo que no pertenece al mercado y que fija la norma del mercado (por ejemplo, la prohibición de intercambiar fuera del equilibrio, entre otras mil reglas) y los precios. Ya la existencia de esta «cosa» que anuncia los precios fuera del mercado es «el talón de Aquiles de la teoría» (Arrow, premio Nobel 1972), su herida definitiva. El mercado en sí, solo, el mercado como totalidad, no es coherente. No tiene ningún valor, conceptual ni real. Aviso a los necios que creen que los mercados, entregados a su dinámica propia, tienen antojos y vahídos, y dirigen el mundo. Aviso a los que creen en la «democracia de los mercados», en la «dura ley del mercado», en la «tiranía del mercado», y otras tonterías. Ningún economista niega esta falla, incluido Friedman, que afirma, mesándose los cabellos, que nada se ha inventado después de Adam Smith (sí, lo sé, da risa).

Olvidemos este «detalle» del pregonero del precio y de la norma del mercado. Aceptemos que el Espíritu Santo fija precios y normas, amén. Admitamos que hay un

mundo de competencia a la Walras-Debreu, un mundo de «locos racionales»[5] como dice Amartya Sen (premio Nobel 1998), un mundo de «pequeños campesinos que sólo efectúan intercambios ocasionales» (T. Koopmans, premio Nobel 1975), un mundo de egoístas primarios, de atontados, débiles, limitados, ocupados en mirarse el ombligo y sus dilemas coste-beneficio, que carecen de finura, inteligencia, psicología, emoción, simpatía, relaciones de amistad, de complicidad, de astucia, de seducción, de amor o de odio hacia los otros, que nunca tratan de saber qué piensan los demás, que ignoran todo, las costumbres y los hábitos, los gestos de cortesía, absolutamente todo de su entorno, excepto las señales —los precios—, y reaccionan aún más mecánicamente que los perros de Pavlov; cretinos como una calculadora, o robotizados como economistas matemáticos; un mundo donde los individuos tienen la libertad de los «resortes en la mecánica del reloj», un mundo de gente predeterminada por el equilibrio; ya en equilibrio, y numerosa (la competencia). Admitámoslo.

2. Para que exista un equilibrio, es necesario que las funciones que describen las ofertas y demandas hechas por esta gente tan gallarda satisfagan ciertas condiciones. ¿Qué sabe, como mínimo, alguien que nada entiende de economía? Que si los precios suben, aumenta la oferta; y que si los precios aumentan, la demanda disminuye. Y viceversa. Es la «ley de la oferta y la demanda». Esto es toda la ciencia económica, amigo lector. Debreu encontró la forma de las funciones que describen la «ley de la oferta y la demanda» y dio una solución al problema de Walras. Ni más, ni menos. Debreu dijo: «Si la ley de la oferta y la demanda se presenta bien, el problema de Walras es coherente. Hay una solución».

Pero Walras esperaba mucho más.

Esperaba que los mercados (otra vez la «ley de la oferta y la demanda» o la «mano invisible») condujeran, guiaran hacia el equilibrio. La armonía social. La paz civil de Montesquieu.

Sin embargo, incluso si existe un equilibrio, ¿quién nos asegura, en primer lugar, que será el único? ¿Qué lleva a pensar que, apenas se alcance, la oferta y la demanda conducirán a la armonía colectiva? Walras esperaba que el equilibrio fuera único y estable. Nos dirigíamos hacia él, tranquilos. Tarde o temprano se llegaba a la armonía social. Sir John Hicks (premio Nobel 1972) se extenuó buscando las funciones que debían conducir «naturalmente» (eh, sí: si el mercado es la «naturaleza», como cree un gran pensador como Alain Minc, es necesario que «naturalmente» se dirija al equilibrio) a un equilibrio, el de la competencia. No tuvo éxito. Otros lo han intentado y se han agotado más rápido que él.

¿Por qué? ¿Por qué los economistas se estaban esforzando en vano para demostrar que la «ley de la oferta y la demanda», la «mano invisible», además alentada según ellos por individuos egoístas e independientes, conducía al equilibrio?

La respuesta es luminosa: porque el mercado no conduce, naturalmente, al equilibrio.

Keynes lo había intuido ya en 1936. Mejor: había descrito, utilizando también la imagen de la Bolsa, un sistema sin equilibrio, un perpetuo movimiento de gente.

Otro economista, Sonnenschein,[6] sacó a sus colegas del callejón sin salida invirtiendo el problema. Llegó a la conclusión de que, contrariamente a lo que se creía, no era posible definir una «ley de la oferta y la demanda» correcta, que condujera a un equilibrio único. Demostró que el equilibrio podía resultar de una ley de la oferta y la demanda por completo aberrante. Advirtió inmediatamen-

te que no era posible deducir comportamientos normales de nuestros «idiotas racionales», deducir condiciones «correctas» acerca de la forma de sus ofertas y demandas, correctas en el sentido de que ellas conducirían, como la razón indica, a un equilibrio. Conclusión: el sistema de Walras no es armonioso ni estable; es totalmente inestable. Totalmente catastrófico. Explosivo o implosivo. Si los equilibrios existen (sí, eso sí que existe, Debreu lo demostró), son imposibles de alcanzar, a no ser que caigamos en ellos. Y si caemos en ellos, nos alejamos de ellos. Si las palabras «mercado» y «ley de la oferta y la demanda» tienen un significado, es el de extrañeza, aberración, desequilibrio, indeterminación, destrucción, desorden, cajón de sastre. Burdel. El mercado es un vasto burdel.

Debreu confirmó los resultados de Sonnenschein. Como ocurre a menudo en la investigación, sus conclusiones aparecieron al mismo tiempo, hacia finales de los años setenta.

Hace décadas que se sabe que el modelo de competencia está en una parálisis total, de la que no saldrá jamás. Ningún economista digno de tal nombre puede pretender que el modelo del equilibrio general no esté definitivamente muerto y enterrado. Sólo una persona dotada de un gran sentido del humor, o un ignorante, puede escribir que «la especulación es estabilizadora», en una nota del Ministerio de Economía y Finanzas francés, producida ad hoc para matar de golpe un proyecto de impuesto sobre los capitales especulativos. Ya nadie se interesa en el problema de Walras. La ley de la oferta y la demanda que conduce al equilibrio, viva la ley, viva la paz civil, hagan el mercado no la guerra, bla-bla-bla, es algo apenas útil para los viejos carcamales del liberalismo.

¿Iremos a escupir sobre la tumba?